



Profeta de la muerte

Charles Manson pasó la mitad de su juventud entre rejas por robos y violaciones, pero aspiraba a más. Quería convertirse en el último líder de una humanidad para la que vaticinó el holocausto. “Cometamos un crimen que atraiga la atención del mundo”, les dijo a los seguidores de sus delirios. Juntos lo consiguieron.

JORDI SOLER

EL PAIS SEMANAL - 11-09-2005

Querían despellejar a Sinatra para fabricar bolsos con su piel

Las mujeres de la comuna tejían para él chalecos con sus cabellos

Cuando Charles Manson tenía cuatro años su madre lo cambió por una pinta de cerveza. Venían de usar el baño de un restaurante cuando una camarera dijo un cumplido imprudente: que el niño le gustaba y que si podía vendérselo. La madre de Charles le dijo que mejor hicieran un intercambio, había visto en ese cumplido una doble oportunidad: beber cerveza gratis y deshacerse del niño. Uno de esos diálogos juguetones entre camarera y cliente que quizá nunca debieran sostenerse. La madre de Charles bebió su pinta en un santiamén y, antes de que la camarera entendiera que su cumplido había sido pura transacción, abandonó el restaurante. El niño se quedó solo frente a la pinta vacía y la camarera, que desde aquel momento nunca más volvería a hacer un cumplido, tuvo que hacerse cargo de él durante los siete días que un tío de Charles tardó en localizarlo. Puede ser que la trepidante carrera criminal de Manson se haya disparado ahí, después de ese episodio que lo mandó a cometer su primer atraco, un robo inocuo pero crucial si se toma en cuenta la edad que tenía; aunque también es factible que el talento criminal del pequeño Charles viniera ya cifrado en su historial familiar: su madre era una cleptómana alcohólica que lo había traído al mundo a los 16 años, nunca supo quién era su padre, y sólo tuvo un padrastro momentáneo, otro borrachín al que tampoco conoció y que le dio ese primer apellido que vino a redondear su karma: Charles Manson Maddox, con dos emes de mean, que en nuestra lengua es malo.

Kathleen Maddox fue a la cárcel cuatro años después de que se bebiera aquella pinta gratuita en un santiamén, y el pequeño Charles, que ya de por sí vivía desamparado, quedó desamparado y solo, a merced de la tía Margaret, una solterona religiosa que se lo llevó de Cincinnati, donde el niño había nacido en 1934, a un pueblo solitario y opresivo de West Virginia, un escenario de dos filos donde lo mismo podía reformarse que ingresar en un reformatorio, que fue lo que fatalmente sucedió en cuanto cumplió los nueve y le cayó una condena de tres años por robo a mano armada. Aquella condena terminó cuando faltaban unos días para que cumpliera 12 años y se reanudó una semana más tarde, que fue el lapso que necesitó para robar la mitad de las tiendas del pueblo y regresar, justamente el día de su cumpleaños, a cumplir otra condena que lo tuvo encerrado hasta los 17. El día que salió libre, después de esos ocho años de encierro en los que invirtió el colofón de su niñez y casi toda su adolescencia, realizó tres robos en serie con la idea de dar un golpe vital de timón: robó un coche para irse con un colega a San Francisco, un supermercado para las viandas del viaje y un almacén para hacerse con un par de zapatos, una americana y un sombrero Panamá. A esas alturas su tía Margaret había optado por ignorarlo y ahorrarse el bochorno íntimo de rezar todos los días por la salvación de su alma. Charles y su amigo salieron rumbo a San Francisco a mediados de 1951, pero fueron detenidos en Utah cuando todavía no habían dado cuenta de las viandas, ni Charles había podido disfrutar su Panamá. Aquel contratiempo fue resuelto por su tío, que entonces providencialmente vivía por ahí y que era el mismo que lo había rescatado de la casa de la camarera, pero esta vez su intervención no fue más que un logro momentáneo, pues unas horas después de pagar la fianza y abandonar la comisaría, su sobrino robó una navaja y acorraló a un pobre muchacho para meterle mano mientras le ponía el arma en el cuello. Esa tarde Charles Manson expandió su quehacer vandálico, pasó de ladrón a delincuente sexual

armado e ingresó en la prisión de Chillicothe donde pasó los siguientes tres años clasificado como “un criminal sofisticado a pesar de su edad”.

En 1954, a los 19 años, obtuvo la libertad bajo palabra, regresó a casa de su tía y le confesó, por supuesto de dientes para fuera, sus intenciones de reformarse, un proyecto que pensaba apuntalar casándose, quizá como homenaje a aquella madre efímera que tuvo a cambio de una pinta, con una camarera facilona que aceptó de luna de miel un viaje en coche, desde luego robado, a San Francisco, esa ciudad a la que Manson quería llegar desde hacía cuatro años y a la que tampoco entonces llegaría, pues iba a ser detenido, luego de preñar a su mujer sobre el maletero en un camino polvoriento, y conducido directamente a la prisión de Terminal Island en San Pedro, California.

Cuando salió libre en 1958, la camarera ya se había divorciado de él y tenía un hijo de nombre Charles Manson Jr., a quien, para no romper la tradición familiar que habían inaugurado su padre y su padrastro, prefirió no conocer. En aquel nuevo y también breve periodo de libertad, Manson amplió sus posibilidades como delincuente: se fue a Los Ángeles y se hizo amante de una gorda acaudalada y chulo de una fracción de prostitutas del barrio mexicano; esto, más sus robos y sus raptos polisexuales con arma blanca, lo condujeron en un pispás de regreso a la cárcel, donde pasó, con algunas salidas y recaídas esporádicas, de 1959 a 1967, ocho años definitivos que acabarían de moldear al guía espiritual de la escalofriante familia, al artífice de la masacre en la casa de Cielo Drive.

Durante aquel periodo en la sombra Manson cultivó tres obsesiones que serían la base teórica de su clímax criminal: la ciencia ficción, el budismo y la obra de los Beatles; esta última se traducía en ensayos maratonianos con su guitarra, en la composición compulsiva de canciones de aire beatle (sostenía sin asomo de autocrítica que él, de haber tenido la oportunidad, hubiera sido mucho mejor que los cuatro de Liverpool) y en la conversación permanente con Alvin Karpis, que además de ser el último superviviente de la legendaria banda de Ma Barker, le enseñaba técnicas de blues para mejorar su estilo con la guitarra. Cuando salió de la prisión tenía 32 años y había pasado más de la mitad de su vida en la cárcel. En cuanto le comunicaron que podía irse dijo: “Sé que no podré adaptarme al mundo después de pasar toda mi vida encerrado en una celda donde mi mente puede viajar con libertad. Estoy bien aquí dentro, haciendo mis caminatas en el jardín y tocando mi guitarra”. Por desgracia, el director de la prisión no alcanzó a vislumbrar que Manson ni se había regenerado ni tenía remedio, ni que lo más sensato era dejarlo ahí porque era un tipo al que la libertad le daba vértigo y alas para hacer cosas terribles. Lo primero que hizo al salir fue coger un autobús a San Francisco, rumbo a esa ciudad a la que llevaba, en rigor, 16 años queriendo llegar. Ahí, parapetado detrás de su guitarra, se integró en una comuna y en unos días, a fuerza de canciones y discursos ciencia ficción salpicados de budismo y autoayuda, se convirtió en el líder de una pandilla de hippies desastrosos que escuchaban con devoción su discurso mesiánico y aceptaban, ciegos de fe, las dosis de LSD que Manson, con el objetivo de reforzar su mesianismo, repartía entre su tribu. Unos meses más tarde, Manson ya había formado su propia comuna y había conseguido un autobús en el que viajaban todos de arriba abajo recorriendo California, con una economía fundamentada en el atraco y en el chanchullo, dándole vuelo a una altísima espiritualidad, de túnicas largas y ojos en blanco, con sus dos instrumentos inspiracionales: el ácido lisérgico y las canciones de su gurú.

A bordo de aquella nave espiritual atracaron un día en el jardín de Dennis Wilson, un hombre propenso a los festejos que tocaba con los famosísimos Beach Boys y que de inmediato se interesó por la obra de Manson, no por las canciones sino por la forma en que había obrado para conseguir la admiración idiota de sus discípulas, una parvada de californianas de muy buen ver y de una generosidad física, digamos, hippy. El interés que Wilson mostraba por sus discípulas, que era inversamente proporcional al que acusaba frente a sus canciones, hizo pensar a Manson que lo mejor era acabar con esa relación e irse con su música, sus discípulos y su autobús a otra parte. Así llegaron al rancho de George Spahn, una propiedad enorme que en los años veinte había servido de plató para la mitad de los westerns que se rodaban en Hollywood y que ya entonces gozaba de una incipiente decadencia que se reflejaba en el caserón ruinoso donde vivía holgadamente el viejo George. Manson logró que les dejaran pasar unos días en un cobertizo y aprovechó ese tiempo para fabricar una relación carnal profunda entre el viejo y una de sus discípulas, con tanto éxito que el viejo, que confundía la mirada intoxicada de su novia con los ojos de un tierno y puro amor, les dejó consolidar allí esa comuna nómada que ya para entonces se llamaba La Familia, a saber: una veintena de hombres y mujeres fanatizados por las

teorías y los vaticinios de Manson, que seguían viviendo del atraco y de las cantidades que la novia intoxicada lograba sacarle al viejo George, y que llevaban una vida de comuna con alto contenido sexual, alrededor de la poligamia del líder y de las sustancias que éste impartía. Además de la sumisión en todos los incisos de la vida y sin reservas, las mujeres de la familia le daban a Manson enigmáticas pruebas de amor como, por ejemplo, chalecos tejidos con sus propios cabellos.

Charles Manson Maddox tenía una idea fija que transmitía a sus discípulos: “Hay que cometer un crimen que atraiga la atención de todo el mundo”, y a partir de aquí se desarrollaba una tormenta de ideas en el cobertizo del Spahn Ranch, cuyos productos más notables fueron anotados en el informe final del juicio que empezaría unos meses después, con motivo de la masacre que La Familia iba a perpetrar en la mansión de la calle Cielo Drive.

Escribir la palabra Helter Skelter con un puñal al rojo vivo en la cara de Elizabeth Taylor y luego sacarle los ojos para ponerlos en una botella junto con los testículos de Richard Burton. Posteriormente enviarle la botella a Eddie Fisher.

Ponerle a Sinatra uno de sus discos y mientras lo escucha despellejarlo vivo. Luego hacer bolsas con su piel y venderlas en tiendas hippies.

Estos proyectos de crimen iban de la mano con la religión que Manson había ido inventándose; echando mano de su esoterismo carcelario y haciendo gala de su fanatismo por los Beatles, sostenía que los negros se rebelarían y someterían a los blancos y que las ciudades se convertirían en “un infierno de venganza racial”. Según Manson, La Familia sería la única comunidad que sobreviviría a este holocausto porque estarían a salvo en su rancho lejos de las ciudades. Sostenía que el cobertizo donde vivían estaba construido sobre el “pozo sin fondo”, que era, ni más ni menos, que la entrada a “la ciudad de oro”. El paraíso estaba ahí mismo donde La Familia Manson iba a esperar a que pasara el holocausto. Años después, La Familia, que para entonces, según un cálculo indescifrable que hizo, ya se habría reproducido hasta alcanzar los 144.000 miembros, echaría a los negros del poder y recuperaría las ciudades; y entonces Charles Manson Maddox, “el quinto ángel, Jesucristo, gobernaría el mundo y los otros cuatro ángeles serían los Beatles”.

Dentro de la nebulosa cosmogonía de Manson, los Beatles jugaban un papel oracular. Fue gracias a la canción Helter Skelter (El caos, La desbandada) donde vio que el holocausto se aproximaba, concretamente en estas líneas crípticas: “Cuidado, Helter Skelter viene bajando rápido”. A partir de ahí dictaminó que los negros comenzarían a cometer horrendos crímenes, como preámbulo del holocausto que empezaría en cuanto entrara el verano de ese año, que era 1969. Paralelamente a su consolidación como visionario y gurú, Manson entró en contacto con Terry Melcher, un hijo de Doris Day que producía discos y que de inmediato se entusiasmó con la música de Manson para usarla como banda sonora en una película. El proyecto duró unos meses y al final, por alguna razón que pudo ser el presupuesto, no se concretó en una obra.

Este revés sacó a Manson de sus casillas, pero un par de conversaciones con Melcher lograron apaciguarlo, o eso era lo que entonces parecía. Hay quien piensa, y quizá con tino, que su visión del holocausto negro la tuvo justamente en ese periodo, cuando se hallaba lejos de sus casillas. Melcher vivía en la casa que estaba en el número 10050 de la calle Cielo Drive y, unos días después de apaciguar a Manson decidió hacer un largo viaje y alquilar su propiedad a Roman Polanski y a su mujer, la actriz Sharon Tate, que entonces tenía unos meses de embarazo. Manson no estaba al tanto del viaje de Melcher y un buen día se presentó en la casa de Cielo Drive con otro proyecto musical. La sirvienta de los Polanski le echó con cierta aspereza, y antes de irse vio y oyó como Sharon Tate preguntaba: ¿qué quería ese individuo siniestro?

El verano llegó y comenzaron a pasar los días sin que los negros tomaran el planeta, así que Charles, asumiendo al máximo su responsabilidad de gurú, Jesucristo y quinto ángel, dijo que si los negros no iban hacia el crimen, el crimen tendría que ir hacia ellos. Dictaminó que el deber de La Familia era cometer dos asesinatos para provocar ese holocausto que con tanta energía anunciaban en su canción los cuatro ángeles de Liverpool. Así que la noche del 9 de agosto del 69, la parte aguerrida de La Familia salió armada hasta los dientes con dos objetivos previamente estudiados y consensuados: la casa del empresario Leno Labianca y la de Roman Polanski y Sharon Tate. Los discípulos que acompañaban en su misión a Charles Manson eran

Susan Atkins, Patricia Krenwinkel, Linda Kasabian y Leslie van Houten, todos convencidos de la necesidad y de la urgencia de esos crímenes.

Primero entraron a casa de los Labianca, que dormían en su habitación, y siguiendo las instrucciones de Charles Manson, que fungía como director de escena dando instrucciones desde un sillón, asesinaron a la pareja con una saña perfectamente ilustrada por las 41 puñaladas que recibió el cuerpo dormido de Rosemary, la mujer del empresario. Después, por instrucciones del gurú, tres de sus discípulos escribieron la palabra pigs (cerdos), con sangre de las víctimas en la pared del salón de la casa, mientras el otro iba a tirar la billetera de Leno Labianca al baño de una gasolinera que estaba en medio de un barrio negro. Esta idea, pueril y absurda si se quiere, formaba parte de su plan para provocar el holocausto. Ellos suponían que la policía, al encontrar la billetera en aquel enclave donde no había blancos, la emprendiera contra los negros y éstos, para defenderse de semejante agresión gratuita, se decidirían a dar el paso y a tomar de una buena vez el control del planeta. Manson era un líder que no soportaba que la realidad arruinara sus vaticinios.

Acompañado por el resto de La Familia, Charles enfiló el automóvil a la casa de Cielo Drive; una vez allí, otra vez en su papel de director de escena y seguro de que la policía mordería el anzuelo y quedaría bien claro que los negros habían sido los autores de ambos crímenes, dirigió las maniobras que habían planeado para introducirse en la casa, nada muy complicado pues a esas horas no estaba el vigilante y bastaba con brincar de la calle al jardín. Era sábado en la noche y Sharon Tate, embarazada de ocho meses, celebraba una reunión con tres amigos; Roman Polanski estaba rodando en Europa y la sirvienta había salido porque era su noche libre. Meses más tarde, durante el juicio de los asesinatos de aquella noche, se sabría que los vecinos oyeron disparos alrededor de la una de la madrugada, que los perros se volvieron locos entre las dos y las tres, y que cerca de las cuatro hubo más disparos y un grito terminal de una de las mujeres que estaban en la casa y que decía: "Eso no, por favor". A las ocho de la mañana llegó la sirvienta a la casa de Cielo Drive, entró por la cocina y fue pasando de una sorpresa a otra: encontró la alacena y la nevera arrasadas, el teléfono arrancado de raíz y, en el salón, los cuerpos maltrechos y desmembrados de Sharon Tate y sus invitados, mezclados con el mobiliario que estaba patas arriba y enmarcados por las paredes manchadas de rojo. En una de ellas, las palabras Helter Skelter habían sido escritas con la sangre de las víctimas siguiendo las órdenes de Charles Mean Manson Malo Maddox, que, sin meter las manos, dirigía a sus discípulos desde la comodidad de un sillón.

La billetera de Leno Labianca no apareció nunca y la coartada, de por sí excéntrica, de la rebelión de los negros quedó sin efecto. Roman Polanski, Peter Sellers, Yul Brynner y Warren Beatty ofrecieron una recompensa de 25.000 dólares por cualquier información fiable que condujera a "la captura del asesino de Sharon Tate, de su hijo no nacido y de las otras víctimas". La policía tardó tres meses en dar con la pista de La Familia y lo consiguió a partir de una sola huella digital que, por descuido, dejó Susan Atkins en el marco de una puerta; a partir de ahí y de otras evidencias que fueron recabando, los seis integrantes de La Familia fueron a un largo juicio que duró nueve meses y medio y ocupó 31.716 páginas de informes y transcripciones.

Todos fueron condenados a muerte, pero en 1972, por un cambio en la legislación de California, sus penas quedaron en cadena perpetua. El último acto delictivo que se le conoce a Manson fue el intento de asesinato del presidente Gerald Ford que coordinó desde su celda en la prisión estatal de Corcoran, en 1975, la misma donde hasta hoy sigue, con más de 70 años y con el oscuro prestigio de ser el prisionero que más correo recibe en los Estados Unidos. En 2007 se revisará nuevamente su caso. Después del asesinato de Sharon Tate, la casa del 10050 de Cielo Drive nunca volvió a ser alquilada por nadie. En 1994 su dueño decidió demolerla y construir en su lugar una mansión estilo italiano. Tomó la precaución de reorientar la entrada para que el nombre de la calle y el número fueran otros, pero la mala sombra de Manson ha logrado que nadie, hasta donde se sabe, quiera vivir allí.